

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO IX—T. IX | San Salvador, Domingo 2 de Junio de 1889 | S. XXXIII—N. 386

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

AGENTE GENERAL

Federico Prado.

LAS MAGNIFICENCIAS DE MARÍA.

María, auxilio de los cristianos.

II.

¡ Temblad huestes enemigas
de la Cruz, que la Mujer fuerte
presto pondrá en vergonzosa fuga
á vuestros aguerridos escuadrones !

Generalmente se confunde la cultura de los pueblos con su civilización, siendo cosas muy distintas; cultas fueron Grecia y Roma, pero no civilizadas, ya que para esto era necesario que fuesen cristianas, porque la civilización nació de la Cruz, es hija del Evangelio y no fruto, como la primera, del curso del tiempo, que conforme adelanta en su vertiginosa carrera mejora, inventa, pule. Un pueblo culto puede tener en su seno artistas sobresalientes, pseudo-sabios de relumbrón, poetas sublimes, notables guerreros; pero no posee ni la verdadera ciencia, ni la moral que rige las costumbres, alarga la vida de los hombres y hace de la sociedad un pacífico edén donde uno se encuentra feliz en la prosperidad, socorrido con amor en los trabajos; no arranca la cultura los instintos vengativos y sanguinarios del hombre depravado y caído; no inspira esa caridad, fuego sacro, placer de los Santos, en una palabra, no realiza los destinos que el hombre vino á cumplir sobre la tierra. Por esto vemos á la Reina por su cultura en los antiguos tiempos, la soberbia Roma, complacerse en ver correr la sangre de los hombres en el vasto Coliseo, y deleitarse con entusiasmo delirante al mirar las fieras ensangrentando sus carnívoros dientes en los despedazados cuerpos de los condenados á este suplicio bárbaro; elevados con divinos honores todos los vicios, hasta los mas bajos y degradantes; la familia semejante á la de los brutos, ya no era el retrato de la familia Divina; las pasiones desencadenadas y sin freno; la inteligencia sin norte que la guiara en sus tinieblas; la esclavitud legal, arraigada y en su apogeo; las leyes respirando el odio, la ingratitude, la carencia del amor, y en su lugar la fuerza, la envidia, la avaricia, el orgullo y todos esos hijos del primer pecado, que repugnan á la simple vista y hacen del hombre un ser soberanamente despreciable. Y quién dirá que Roma no era culta? y sus hombres afeminados cubiertos de perfumes, y sus artistas, poetas y filósofos, sus templos, palacios y academias, sus obras

materiales cuya proverbial grandeza pasó á la posteridad, sus delicadas mesas y exquisitos vinos, sus soberbios dijes, sus legiones y conquistas, no eran muestra de aquella refinada cultura que la historia marca en su zenit durante el reinado de Augusto? Sí, y quién lo podrá negar? Es pues un hecho incontrovertible, que la cultura no es la civilización: esta hija del Cielo nació en el Calvario y solo desde el día feliz y venturoso que los cristianos pisaron la tierra, se vió este concierto fenomenal, sirviendo de seguro termómetro acerca del cristianismo de un pueblo. Allí está Francia y el 93, era aquello civilización!

Ahora bien: esta civilización, hija de la Cruz, en todas las épocas de su larga existencia se ha visto amenazada de muerte por el error y las pasiones, y el presente es testigo del fatal vértigo que se apodera de los pueblos para proscribirla de las instituciones y las costumbres, queriendo resucitar el paganismo con todo su triste aspecto que aterra el corazón; por eso hay tanto interés en ensalzar esa cultura que se manifiesta por las obras materiales, descuidando enteramente las aspiraciones del espíritu, como si las máquinas, ferrocarriles y telégrafos fueran la suprema dicha de la humanidad, locura tanto más inconcebible cuanto que es el bello ideal de hombres nacidos entre los esplendores de esa misma civilización, que se intenta proscribir hasta por medios soberanamente ridículos, y en los momentos que brilla más el fatal resultado de tan funestas teorías, puestas al fin hasta para los mismos intereses materiales decantados, como nos lo prueba el sordo rumor de las muchedumbres de obreros en las ciudades industriales y la clausura de esos emporios del movimiento que se llaman fábricas. No, no; la felicidad del hombre es el amor, que se encierra arreglado por Dios en la civilización cristiana cuyo norte es la eternidad, para esto fué creado, para esto nació en la tierra, y es lo único que llena los deseos de esta alma, imagen de su Creador!

Un tiempo hubo también, en que esa civilización se vió amenazada de muerte por la cimitarra de Mahoma y en que reuniendo sus fuerzas los cristianos á la voz del avanzado Centinela, dieron al traste con los enemigos de su felicidad, que en su crasa ignorancia ni la comprendieron, ni la comprenderán jamás. Los Pontífices fueron sus defensores, ¡ay! de la Europa sin la atenta solicitud de los Sucesores de Pedro, hoy fuera musulmana y no cristiana; esta sangre que corre por nuestras venas sería impura y corrompida, nos vendría, no de las santas madres de familia, sino de las esclavas del serrallo; la miseria haría sen-

tir su triste imperio acompañada del embrutecimiento grosero é ignorancia mas crasa, sobre esas comarcas industriales que marchan hoy á la cabeza de la civilización, á pesar de contar en su seno tantos preconizadores del suicidio social; las mas bajas pasiones, el terrible desenfreno, la superstición, la ignorancia perezosa, las más desoladoras pestes diezmarían las poblaciones, si la media-luna dominara esos países que conquistó el Cristianismo por sus apóstoles; en una palabra, seríamos semi-salvajes, con ese salvajismo más repugnante y que ofrece menos esperanzas de recuperar el bien perdido: la decadencia después de la civilización.

Pero, ¿para qué cansarnos en aducir pruebas, cuando Dios ha permitido quedase un monumento de lo que seríamos sin la civilización cristiana, monumento de oprobio á las puertas mismas de la orgullosa Europa? . . . allí está Constantinopla, eterno objeto de riñas y tratados, de guerras y protocolos entre los impíos gobiernos que se la disputan, y con ella el antiguo Imperio de Oriente, como pudiera disputarse entre propietarios un hato de carneros. ¿Quién creería, que aquella fuese la Sede de uno de los Patriarcas, el centro de un nuevo Estado, la patria de tantos hombres célebres por su ciencia y su virtud, el lugar de reunión de tantos Concilios, el depósito de la sabiduría!; un día separóse de la Unidad católica, paulatinamente perdió su gloria y presto fué presa de las hordas musulmanas, que la hicieron capital del nefando Imperio ignorante y tiránico, que gobierna miles de súbditos embrutecidos vegetando en la indolencia, gozándose en dar rienda suelta á sus pasiones depravadas, como los brutos.

En esta grande empresa de salvar la civilización cristiana de las hordas musulmanas, aparece también María, esa mujer coloso de santidad y de gloria, que en todos los destinos del Catolicismo se presenta siempre como una de sus más características figuras. Aquí su nombre resuena como el de una benéfica protectora, que extiende su manto cubriendo con él á sus hijos que la invocan cual medianera y abogada, cuyo influjo siempre vive, cuyas peticiones jamás fueron hechas en vano, para trocar la airada cólera en dulce misericordia: es el Auxilio de los cristianos en los días de prueba para los fieles, en esos tristes momentos en que los hijos de la Cruz ven ya próxima á undirse la Fé para sustituirla con el error y los vicios; invocan á María, y siempre logran sus deseos, coronado los esfuerzos el triunfo. Hay un grande hecho que consigna en sus páginas la historia, para gloria de María y gloria también de los cristianos, hecho que prueba irrefragablemente esa protección de la Virgen sobre los altos intereses del Catolicismo, y que la mereció de uno de los Pontífices ese tremendo dictado conque se la ensalza por la Iglesia: "*Auxilium christianorum.*" Hablamos de la batalla de Lepanto, uno de los triunfos más gloriosos de la civilización sobre la barbarie, triunfo decisivo que marcó ya en el porvenir la decadencia de la conquistadora cimitarra, y con ella el futuro sosiego de la Europa occidental, turbada siempre por el peligro de que un día tuviese por ley el Alcorán y por norma de sus hechos los disparates de Mahoma, los vicios y corrupción del estudiante de la Meca.

Era el año de 1571 . . . altivo por sus conquistas el poder musulmán, en su loco orgullo, después de apoderarse de la famosa Chipre, intentó hacer lo mismo con la bella península Italiana; á este propósito Selim II, el Jefe entonces de los sectarios de Mahoma, dispuso una formidable escuadra, ignorando que no solo la fuerza dá á los ejércitos la victoria. San Pío V, bello ornamento de la Orden de Predicadores, ocupaba entonces la Silla de San Pedro, ostentando

en ella su asombrosa santidad, tan elevada, que le mereció inscribir su nombre en el catálogo de los Santos. Como centinela avanzado de la civilización, conoció el gran peligro de que estaba amenazada ésta sobre el suelo de la Europa al pisarlo los sectarios de Mahoma en otro de sus extremos, como había ya sucedido cuando se apoderaron del Oriente y también de España, viniendo á coronar estas dos conquistas, una conservada y otra perdida, la de Italia que meditaban. Con el fin de evitar este gran mal, formó una *Liga* de cruzados, en que tomaron parte las tropas del Papa, España y Venecia; éstas solicitaron la bendición del Pontífice, y San Pío V puso aquel ejército bajo la protección de María. La armada, al mando del célebre Don Juan de Austria, nombrado Generalísimo de ella, y teniendo por sus segundos á Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, Marco Antonio Colonna y Andrea Doria, se hizo á la vela en busca del soberbio enemigo. Entre tanto, toda la cristiandad unida en un solo sentimiento á su Pontífice, elevaba sus fervorosas plegarias hacia el Cielo, para atraer sus bendiciones y con ellas la victoria sobre las tropas de la *Liga*: públicas rogativas se hicieron, acudiendo en tropel los fieles á Loreto, para implorar el socorro divino por medio de la Madre de Dios. El Papa había prevenido al célebre Caudillo, que despidiese de sus filas á todos los soldados que á tan gloriosa empresa no fuesen animados de puras intenciones, al mismo tiempo que él, Vicario de Cristo, oraba de continuo por el triunfo, solicitando del Dios de las batallas sus poderosas bendiciones sobre aquella valerosa armada, aunque tan pequeña si se comparaba con su enemiga.

El 7 de Octubre de 1571 será para siempre memorable en los fastos de la historia; el golfo de Lepanto en Grecia fué testigo de la sin igual victoria, alcanzada por los cristianos contra el poder musulmán, coronándose de laureles que no se marchitarán jamás, porque su colosal triunfo impidió que la Europa occidental fuese invadida otra vez por las huestes de Mahoma. Al principio de la batalla naval, pareció que los infieles con sus numerosas tropas triunfarían; más el Príncipe generalísimo en tan terrible momento invocó en alta voz á María, enarboló el estandarte del Cristo que le entregara el Papa en Nápoles, y todos pidieron de rodillas á Dios que les concediera la victoria por intercesión de la Santísima Virgen. Presto se cambió la suerte de aquella titánica lucha, que enrojecía el mar con la sangre de los combatientes; y muerto Halí-Bajá, arrancaron los cristianos el estandarte de los infieles; quedando éstos en completa derrota. El poder musulmán fué humillado, y don Juan de Austria ostentando los trofeos de la victoria, entraba triunfante en el puerto de Mesina.

En el momento que los cristianos alcanzaban aquella victoria que salvaba la civilización de un inminente peligro, estaba San Pío V en Roma trabajando con los Cardenales en los asuntos de la Iglesia, y repentinamente interrumpiéndoles les dijo, que suspendiesen sus tareas, que no era tiempo sinó de dar gracias á Dios por el triunfo de la armada cristianísima. En efecto, el correo llegado algunos días después, confirmaba la revelación del Sucesor de Pedro. El mismo Pontífice instituyó, en memoria de este grande acontecimiento, una fiesta anual á Nuestra Señora de la Victoria, dando tan manifiesto testimonio de que á la intercesión de María se debía este favor importantísimo; hizo aún más, añadió á la Letanía Lauretana estas palabras, que desde entonces canta la Iglesia: "*Auxilium christianorum, ora pro nobis.*" El sucesor de San Pío V, Gregorio XIII, trasladó la fiesta conmemorativa de la batalla de Lepanto al primer Domingo de Octubre; llámola también el Pa-

pa la *fiesta del Santísimo Rosario*, convencido de que ésta, entonces reciente devoción, fué la que obligó á la Santísima Virgen á interceder fervorosamente cerca de su Hijo divino, para alcanzar tan portentosa victoria.

Ciento setenta y cuatro años después, la famosa victoria de *Selim*, con cuyo nombre la apellidó la historia, y alcanzada cerca de Salankem el 5 de Agosto de 1716, por las tropas cristianas á las órdenes del emperador Carlos Francisco, sobre el ejército turco, y á la cual siguió la toma de Belgrado, vino á confirmar más el soberbio título de *Auxilio de los cristianos*, con que San Pío V proclamó á María; pues por su intercesión, fué conseguida el día de *Nuestra Señora de las Nieves*. Así lo reconoció Clemente XI, cuando inmediatamente que llegó á su noticia aquel triunfo, que dejó tendidos en el campo de batalla treinta mil sectarios del Profeta, y en poder del vencedor prisionero, armas, bagajes, pertrechos, la caja militar y los estandartes de los enemigos de Cristo, ordenó celebrar una Misa de acción de gracias en Santa María la Mayor de Roma.

En el mismo año y mes, el día 22, Octava de la fiesta de la Asunción, los turcos levantaron el sitio de Corfú, hecho que fué reputado por una victoria conseguida contra el poder musulmán por la intercesión de la Madre de Dios. Agradecido el Papa á esta doble protección, publicó una indulgencia plenaria, envió los estandartes tomados á los turcos á las iglesias de Santa María la Mayor y Loreto, como eternos monumentos que atestiguarán cuán bien correspondía á María el grandioso título de *Auxilio de los cristianos*. Más no se detuvo en esto Clemente XI; ordenó que la fiesta del Rosario se celebrase en la Iglesia universal, pues antes estaba circunscrita á los conventos de la Orden de Predicadores y á las iglesias donde hubiese establecida Cofradía de este título; desde entonces, el Catolicismo entero por toda la tierra celebra el primer Domingo de Octubre de cada año, todos estos recuerdos de victorias gloriosas, unidas á la pía devoción del Rosario y en honor de la Santísima Virgen, fiesta realizada en nuestros días con nuevas gracias y privilegios por León XIII, quien confía en el Rosario de María para obtener otras victorias sobre los modernos musulmanes, que no vienen sino que viven entre nosotros, amenazando día por día y en todas las naciones á la civilización cristiana!

Los hechos citados prueban innegablemente, que María es el *Auxilio de los cristianos* en los días tristes, en que el error y los vicios intentan ahogar esa vasta civilización hija de la Cruz; tal dictado, tan portentoso destino, corona á la Madre de Dios con una gloria inmarcesible, que la eleva más y más á esa grandeza sin magnitud para nuestros débiles ojos y cuya medida se reservó tan solo Dios. Pero aún la historia no niega á nuestra investigación otras pruebas más de la poderosa intercesión de la Virgen y de su bondad para el cristianismo todo, cuando la invoca con fé en los momentos que peligran la Iglesia y el Estado, la Religión y la patria, la familia y el individuo, la virtud y el honor; ó para decirlo de una vez, ese admirable conjunto que se llama civilización y que fundó el Evangelio en la tierra, desconocida en la antigüedad, proscrita en cuanto es posible por cierto número de locos en las sociedades de nuestra época, y cuya pérdida lloran tantos pueblos á quienes fué quitada en castigo de sus desvarios. Citarémos ya tan solo un caso; es también el poder musulmán en este nuevo hecho, el que intentó sentar su dominio en otra parte de Europa, por consiguiente aparece realizado con las mismas circunstancias que hemos referido. Trátase igualmente de salvar los grandes in-

tereses de la humanidad, y la misma grandiosa intercesión de la Madre de Dios logra tan necesario objeto. Antes, permítasenos explayar un pensamiento no ageno por cierto á nuestro asunto.

Todos los enemigos del Catolicismo que no han negado á Jesucristo, es decir, los cismas y las herejías, tienden á desvirtuar y disminuir ese sol de la civilización cristiana, cuyo influjo cambia por completo la faz de toda sociedad, imprimiendo en sus menores actos un carácter admirable en que resplandecen sobre todo la ciencia y la virtud, aquellas dos hermanas que descendieron á la tierra desde el trono del Eterno por el Verbo; más, aunque en los países donde dominan las herejías, este brillante astro palidece ó le ocultan á medias las nubes del error y los vicios, es cierto también que, no habiendo negado en sus creencias al Unigénito de Dios hecho hombre, de esas Naciones no desaparecen del todo los fulgores de la brillante antorcha de la civilización; no así el Mahometismo que desconoce la divinidad de Jesucristo, y he aquí por qué donde ponen su planta los sectarios del Corán, la civilización se agosta, desaparece, dejando esas regiones sumidas en las horrendas tinieblas del error, el embrutecimiento, los vicios, la degradación en medio de palacios de mármol, puentes de alabastro y estancias perfumadas por las manos de esclavas y de eunucos. Esto prueba una vez más, si exige pruebas lo evidente, la divinidad del Evangelio, ya que él solo es capaz de fundar y conservar esa hermosa herencia inapreciable que nos transmitieron nuestros padres y desconocida á la antigüedad de más allá de la Cruz. Esto también nos prueba el gran beneficio que á los cristianos prestó María, salvando con su intercesión, los intereses más caros de la sociedad amenazados por la cimitarra de Mahoma, como hoy lo están por el moderno paganismo, á quien da terribles golpes la *Auxiliadora de los cristianos*, hecho que no se oculta ni al menos perspicaz.

Era el siglo XVII: corría el año de 1683, cuando el ejército turco envanecido por sus victorias, resolvió extender sus conquistas más allá del Danubio y del Rhin, á cuyo efecro dirigióse á Viena para sitiárla; todos se alejaban á medida que el enemigo se aproximaba, y hasta el emperador Leopoldo I en su impotencia huía por una de las puertas de la ciudad, cuando los bárbaros se acercaban por la opuesta. El sitio fué completo: la campiña se convirtió en un campo de batalla y la población se llenó de pavor; Viena, baluarte de la cristiandad, elevó sus plegarias hácia el Cielo en tan duro conflicto, orando sin cesar á María Madre de Dios; el día en que se celebra su Natividad redoblaba sus esfuerzos, cuando vió lucir la señal de su alegría: las banderas de Juan Sobieski, Rey de Polonia, aparecen ya ondeando por las cimas de las montañas, y cuatro días mas tarde, el 12 de Setiembre por la mañana, asiste al Santo Sacrificio y le sirve de rodillas estendiendo sus brazos en forma de cruz. Después de recibir la Eucaristía, se pone él y sus tropas bajo la protección de la Santísima Virgen y recibe con ellas una bendición en nombre del Sumo Pontífice; animado aquel guerrero cristiano de una confianza sin límites, dice á sus soldados: "Marchemos bajo la protección todopoderosa de la Madre de Dios."

No ignoraban los polacos, que aquel pequeño ejército no podía triunfar sobre los numerosos musulmanes que cercaban la ciudad, sin una especial y milagrosa protección del Cielo; pero habiendo orado con esa fé que traslada los montes y á la cual todo le está prometido, ¿qué podían temer bajo la égida de María? por qué, no tendrían segura la victoria? Sus esperanzas no fueron fallidas: al primer choque el Kan

de los tártaros huye aturdido, arrastrando en pos de sí al Gran Visir que le sigue bramando de coraje; la pérdida es completa por parte de los mahometanos: bien lo proclamaba el campo cubierto de cadáveres y el Danubio convertido en sepultura de los fugitivos, entre tanto que las municiones, la artillería, el estandarte de Mahomet eran trofeos del vencedor. Presto Viena recibe en triunfo al libertador Sobieski acompañado de Leopoldo I, y lleno de gratitud por aquella singular victoria que acababa de obtener, entonó él mismo el himno *Te-Deum*. Desde entonces, el religioso Monarca de Polonia llevaba consigo una imagen de Nuestra Señora de Loreto, sobre la que dos ángeles sostenían una corona con esta significativa inscripción: "Por esta imagen de María, Juan será vencedor." El Papa, reconocido á la protección de la Virgen sobre la cristiandad con la liberación de Viena, instituyó para perpetua memoria de hecho tan señalado y como un acto perpetuo de acción de gracias, la fiesta del Nombre de María el siguiente Domingo al día de la Natividad de Nuestra Señora, y esto en toda la Iglesia.

He aquí, pues, una prueba más de la eficacia de los ruegos de María cerca del Dios, que concede la victoria y que se llama también el Dios de las batallas, así como una nueva manifestación de la buena voluntad con que inclina sus oídos á nuestras débiles súplicas; he aquí un motivo poderoso para inspirar una ilimitada confianza en la Madre de Dios, por parte de los cristianos en los días de pruebas para la Iglesia y la sociedad: gratos, y muy gratos son á María estos intereses, sabe demasiado el aprecio que merecen y es un imposible que sea indiferente á ellos; por tanto, ella escuchará benévola las plegarias que se la dirigen para que se interese en ser su protectora, y alcanzar de Dios la ruina del error y el triunfo de la civilización. Con esa conducta bondadosa atrae sobre sí mil bendiciones de todos los hombres, que no vacilan en alabarla con himnos que cantan su belleza, su virtud y su poder, con palabras que respiran amor, admiración, reconocimiento, y esa grata poesía que embalsama el círculo donde se ostentan las glorias de la Mujer á quien las generaciones todas llaman Bienaventurada!

JESÚS FERNÁNDEZ.

SECCION PIADOSA.

Mes del Sagrado Corazón.

La Providencia ha querido que al último día del mes de María, suceda el primero del mes consagrado al Corazón de Jesús, dice un piadoso escritor. Esta sucesión ó encadenamiento se armoniza con el carácter de la Santísima Virgen, porque ella es *alegre aurora* que nos anuncia al *Sol divino* de Justicia; *camino* que nos lleva al Salvador; misteriosa *Estrella* que á los portales de nuestra salvación guía, y *puerta* que nos da entrada en el Corazón de Jesús.

Natural es, pues, que habiendo obsequiado á la Madre durante el mes de Mayo, consagremos al Hijo el mes de Junio, como tras de las flores vienen los frutos.

Bellísima, y sin duda muy agradable á Dios, es la costumbre de consagrar un mes entero á las grandes devociones recomendadas por la Iglesia. Este medio práctico, sencillo y poético á la vez, como toda demostración de amor, viene á producir en las almas el efecto de una lluvia suave y perseverante para el adelantamiento espiritual. Dedicar un rato cada día,

y cada día renovar la piedad, y hacer puntualmente el ejercicio acostumbrado, y reiterar su fidelidad y confianza todos los días, acudiendo á presentar tenazmente nuestras mismas miserias y nuestras necesidades, tiene que ablandar indudablemente al Señor, tan dispuesto á atendernos, y moverle á derramar nuevas gracias.

"Si no podeis celebrar este mes en público, dice Mons. de Segur, celebradlo en familia, á una hora que todos los de casa puedan acudir; y si no podeis en familia, no dejeis de hacerlo privadamente. De todos modos, procurad practicar en común ejercicio tan excelente de piedad; cuando oramos juntos, nuestras oraciones tienen mayor eficacia. Además, los que juntos oran, sostienen y edifican mutuamente, son más puntuales, ejercitan la caridad con la devoción, y recogen el fruto de aquella promesa del Salvador á sus discípulos: *Cuando dos ó tres de entre vosotros se reúnan en mi nombre, Yo mismo estaré en medio de ellos.*

"Para celebrar, pues, dignamente el mes del Sagrado Corazón, si no os es posible ir á la iglesia, yo os aconsejaría que delante de un Crucifijo, de una imagen del Corazón de Jesús, arreglárais un altarcito con algunas flores y velas. Guardaos de despreciar estos pormenores, que tienen gran influencia en la devoción, pues nuestra alma tiene casi siempre necesidad del auxilio de los sentidos para elevarse hasta Dios.

"Si os es posible, mantened encendida todo el mes una lamparita delante de la sagrada Imagen, en honor del Corazón adorable de nuestro Salvador. Y cada día, muy puntualmente, arrodillado, solo ó acompañado, haced un corto ejercicio. Cuanto más sencillo, será mejor. . . . También me atrevo á aconsejaros que comulgueis con más frecuencia este mes, y con más fervor que de costumbre. No olvidéis que el viernes está especialmente consagrado al Sagrado Corazón, según mandato formal de Nuestro Señor á la Beata Margarita. Si es posible, lo mejor sería comulgar todos los viernes de este mes, para honrar especialmente la caridad del Corazón de Jesús. Con esto os ajustaréis á los desos del Papa Pio IX, que decía: "Nada deseamos tanto como el ver á los fieles honrar, bajo el símbolo del Sacratísimo Corazón, la caridad de Jesucristo en su Pasión y en la institución de la Eucaristía, buscar todos los días sus delicias en este recuerdo, y renovar constantemente su memoria."

Numerosos son los libritos escritos especialmente para facilitar á los devotos las prácticas del ejercicio del mes de Junio en honor del Sagrado Corazón. Mas si alguno por cualquiera circunstancia no pudiese servirse de ellos, quédale siempre el recurso de suplir la lectura con otras oraciones, ó imponerse alguna mortificación ó ejercicio de caridad ú otra obra buena.

¿Quién sabe si el Corazón de Jesús espera que durante el presente mes le manifestemos nuestro afecto con algún leve obsequio, para conceder alguna gran gracia á nosotros ó á los nuestros?

"Si los hombres supiesen, decía la Beata Margarita, lo agradable que es á Jesús esta devoción, tengo la seguridad de que no habría ni un solo cristiano que no la practicara, por poco amor que tuviese á este amabilísimo Salvador."

Copiado.

SECCION DE LO INTERIOR.

El Ilmo. Señor Obispo salió de esta ciudad á las cinco de la mañana del 27, al puerto de La-Libertad, para esperar el vapor directo. Habiendo llegado éste en la mañana del 28, se embarcó junto con

todos sus compañeros, y á las cinco de la tarde el vapor levantó ancla y se dirigió á Panamá.

Todo el tiempo que permanecieron á bordo en La Libertad estuvieron perfectamente bien; solo dos jóvenes seminaristas, Gómez y Balver, sufrieron el mareo.

¡Ojalá gocen de la misma felicidad durante toda la navegación, y que tengamos el placer de recibirlos pronto!

Los seminaristas escogieron el 30 de Mayo, día de la gloriosa Ascepción de nuestro divino Salvador, para hacer á la Santísima Virgen su obsequio filial, en el mes que le está consagrado.

Conocida la tierna devoción del Seminario á la divina Madre de Dios, no es extraño que en ese día todos los alumnos se hayan esforzado, para que la fiesta fuese verdaderamente espléndida.

En el altar sobresalía, formada de bastidores, una ciudad amurallada, en cuyo centro una alta torre coronada de almenas y cubierta con armas y trofeos de guerra, servía de pedestal á la que la Iglesia llama *Torre de David*, y á la que la Escritura compara con un *escuadrón formado en orden de batalla*. Ese emblema figuró perfectamente las luchas y victorias de la Iglesia militante, tanto en lo material como en lo moral, bajo la protección de María Santísima, que ha merecido el título de *Auxilio de los cristianos*, que le decretó el Papa Pio V. Cuando las armas musulmanas ó herejes, cuando las sectas y errores han hecho guerra al catolicismo, la Iglesia ha ocurrido siempre y ante todo á la intercesión de la Santísima Virgen; por lo que pronto la victoria, coronando los esfuerzos de los fieles, ha venido á probar el invencible poder de Aquella que, *sola ha vencido todas las herejías*.

La primera misa solemne fue celebrada por el M. I. Señor Vicario General, que es edemas Rector del Seminario, y dió la sagrada Comunión á todos los alumnos.

Dos diáconos seminaristas ofrecieron á la Santísima Virgen las primicias de su predicación. Por la mañana ocupó la cátedra sagrada el Sr. Br. D. Ascención Cerna y por la tarde, el Sr. Br. D. Miguel Peraza.

Ambos lo hicieron muy bien y con la unción correspondiente de los oradores sagrados.

Todo el día se alternaron los seminaristas en la adoración continua al Santísimo Sacramento; y la misma orquesta que ofició en las misas, tocó durante todo el día magníficas piezas.

Felicitemos al Seminario por su clásica función, y mucho mas por su tierna piedad á la Santísima Virgen, que no dudamos les servirá de escudo y de protección, en las luchas del sacerdocio contra los errores religiosos.

REMITIDO.

Olocuilta, Mayo 25 de 1889.

Señor Redactor de "El Católico"

Está visto que todo lo puede el talento y la piedad. El espectáculo que hoy ofreció la numerosa comunión de los feligreses de esta Parroquia, puede apreciarlo U., si se considera la manera con que hábilmente hace correr su pluma sobre los asuntos religiosos de la Diócesis.

Hoy hace un mes falleció el señor cura que era de esta parroquia, Presb^o D. Ireneo Castillo, y hoy trigésimo día ha habido un servicio fúnebre completo en la iglesia parroquial. El Sr. cura presidió los oficios. El Honorable Cuerpo Municipal, el señor Juez de 1^a instancia y varias señoras vecinas de esta villa, concurrieron mediante previa invitación.

Sobre el sepulcro del difunto se hizo la absolución de rito; y el pueblo se agrupó para satisfacer sus deseos de alta y positiva piedad.

Habla muy alto esta escena á favor de la religiosidad del cura y de Olocuilta; y lo participo á Usted, deseando que estas provechosas líneas tengan acogida en su apreciable periódico.

Quedando de Usted muy atento servidor.

El Coresponsal.

El domingo 26 del corriente, á las cinco de la tarde, tuvo lugar la solemne procesión de rogativa, dispuesta por el Ilmo. Señor Obispo, por la escasez de agua, que tanto aflige á los agricultores.

Salió la imagen de San José de la parroquia de la Merced, asistiendo parte del Clero, el Seminario y gran número de fieles que respondían á las *letanías mayores*.

La Iglesia católica nos enseña que, en todas las necesidades y peligros, en toda escasez ó desgracia, ocurramos á Dios con confianza y con arrepentimiento de nuestros pecados, seguros de que su divina bondad acogerá nuestras súplicas: "Dios no desoye al corazón contrito y humillado." Mucho mas, cuando nos valemos de la intercesión de alguno de los Santos, que siendo nuestros intercesores, aumentan á nuestras súplicas el valor de sus méritos y de su amistad con Dios.

Los incrédulos que niegan la doctrina y se burlan de estas santas prácticas de la Iglesia, suelen ser los que menos conocen la filosofía y la historia. Porque los principios sobre que se funda la intercesión de los Santos con Dios en favor de los hombres, son los mismos sobre que se funda la intercesión de los hombres mas aceptos al Soberano en favor de los menos aceptos ó de los mas pequeños, de cuya intercesión usamos continuamente en el orden social. Los resultados constantes y aun muchas veces milagrosos de la intercesión de los Santos, son tan notorios y repetidos, que constituyen hechos históricos tales, que para negarlos, es necesario negar el criterio de la verdad histórica.

Esta clase de incrédulos es digna, mas de lástima, que de desprecio; puesto que nace mas de ignorancia, que de malicia.

SECCION DE LO EXTERIOR.

NOTICIAS RELIGIOSAS.

—Varios católicos de Santiago de Calatrava han fundado á sus expensas en aquella localidad una escuela, en la que multitud de adultos reciben gratuitamente educación. También en Algemesi, se ha inaugurado últimamente una escuela nocturna y gratuita, fundada por aquel Círculo católico de obreros. De este modo contestamos los hijos de la Iglesia católica á la injusta nota de *enemigos de la civilización*, que algunos desdichados nos lanzan.

—Las Hermanas de María, que tan excelentes servicios prestan en el establecimiento penitenciario de Tours, van á ser reemplazadas por vigilantes laicos. Despues de lo mucho que contra los servicios de la gente laica en hospitales y otros establecimientos han dicho hasta los mismos republicanos, no se concibe que el gobierno y las autoridades de la República Francesa sigan su injusta campaña contra las Hermanas religiosas, á no ser que ya les ciegue completamente el odio que tienen al catolicismo.

—Bajo la presidencia de Mons. Keane, antiguo Obispo de Baltimore, se celebró en Roma, el día de San José, en el Colegio de los americanos del Norte,

la fiesta de la emancipación de la Universidad de Washington. El Prelado invitó á un banquete á todas las notabilidades del mundo eclesiástico que habían tomado parte en la fundación de este instituto, y á los jefes de todas las casas de alta educación en Roma. No pudieron asistir al banquete los cardenales Rampolla y Zigliara, secretario de Su Santidad el primero, y Prefecto de estudios el segundo. Al final del suntuoso banquete, Mons Keane dió á todos los oradores las gracias mas entusiastas en nombre del Episcopado americano católico. El Breve *in rei perpetuam memoriam*, que instituye canónicamente la Universidad, lleva la fecha del 7 del actual, fiesta de Santo Tomás de Aquino. Este Breve hace grandes elogios de América. El Padre Santo concede á esta Universidad todos sus privilegios á perpetuidad, y confía la dirección á los mismos obispos de América.

—Para el próximo otoño se anuncian numerosas peregrinaciones á Roma de todas las provincias de Italia: su objeto es ofrecer de nuevo un tributo de veneración y respeto al Papa.

—La iglesia parroquial de Domremy, en la cual fué santificada Juana de Arco, acaba de ser objeto de una delicada atención por parte de Su Santidad Leon XIII, queriendo así manifestar su admiración hácia la gran heroína. Su Santidad ha enviado á dicha iglesia un cáliz de oro, que es uno de los más preciosos que recibió, entre los muchos que le fueron ofrecidos para su Jubileo.

—Acaba de llegar á Roma la peregrinación de los Estados Unidos, compuesta de 105 personas, entre las cuales se hallan 42 sacerdotes. Forman también parte dos obispos, el de Nashville, Mons. Redemacher, y un Prelado, Mons. Saton, antiguo alumno de la Academia eclesiástica.

—D. C. Sánchez Arévalo, oficial primero del gobierno civil de Salamanca y colaborador del periódico libre pensador *La Acacia*, ha tenido el buen gusto de separarse de la masonería, en cuyas filas le contaban los adeptos á esta secta, y ha dado, además, público testimonio de su fe católica en una hermosa carta dirigida al señor Vicario de la diócesis, documento que inserta el *Boletín Eclesiástico* de la misma. Quiera Dios que el meritorio acto del señor Sánchez Arévalo sirva de estímulo á otros masones y libre pensadores, para abjurar sus perniciosas y falsas doctrinas.

—D. Ruperto González, de Santo Domingo de la Calzada, que, imbuido por periódicos sectarios, había tenido la desgracia de abandonar el Catolicismo, ha muerto en los brazos de nuestra santa Madre Iglesia, después de recibir con el mayor fervor los Santos Sacramentos y de haber quemado los libelos que le habían separado del buen camino. Que Dios le tenga en su eterno descanso, y que esta muerte ejemplar sirva para que otros infelices, engañados como el señor González por la prensa anticatólica, abjuren sus errores y abracen para siempre las salvadoras doctrinas de nuestra divina Religión.

—Con el nombre de *Asociación piadosa de señoras para trabajar en favor de las Misiones*, y bajo la inteligente dirección espiritual de un Padre de la Compañía de Jesús, existe en Madrid desde hace un año, una asociación de jóvenes distinguidas, que emplean cierta parte de su tiempo en coser por sí mismas ropas para las Misiones. Las prendas confeccionadas por tan cristiana asociación, en el poco tiempo que lleva de existencia, han sido tantas, que, para enviarlas á las Misiones de las Carolinas en Marzo último, fueron precisas siete cajas. Mucho celebraríamos que en todas partes se constituyeran asociaciones como la que nos ocupa, porque las necesidades de las Misiones son grandes y muy dignas de ser atendidas.

—En los últimos días del pasado Marzo salió del puerto de Barcelona, en el vapor *Bellver*, la peregrinación española que va á visitar los Santos Lugares. Antes de partir, celebraron los peregrinos una solemne función religiosa en la iglesia de San Justo, con objeto de impetrar del Todopoderoso las gracias necesarias, para realizar el viaje sin novedad y con grandes frutos espirituales.

—El Señor Gobernador civil de Valencia ha tenido el buen acuerdo de prohibir la venta del último número de *El Motín*, por creer ofensivos para la Religión católica los dibujos que en él aparecen. La conducta de dicha autoridad, que debiera ser imitada por todos los gobernadores y alcaldes del mundo católico, se inspira en el deseo de que no se infrinjan los preceptos legales; porque nadie tiene derecho á vituperar y escarnecer los dogmas y las prácticas de la religión católica, que es la del Estado, y la que afortunadamente profesamos casi todos los españoles.

—Recientemente ha tenido lugar en Barcelona, la solemne ceremonia de bendecir y colocar el Señor Obispo de la diócesis la primera piedra de la capilla y edificio, que la Congregación de Siervas de María, ministras de los enfermos, va á construir en la calle de la Universidad de aquella capital.

—Las personas de Córdoba inteligentes en el arte de platería, hacen grandes elogios de la imagen de San Rafael, que aquella diócesis regala á Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo sacerdotal. Dicha obra ha sido construida y terminada recientemente por el habil artista de aquella ciudad Don Joaquín Blanco, siendo de sentir que, por falta de tiempo, no haya podido figurar en la Exposición Vaticana, porque seguramente habría llamado la atención de los inteligentes. El trabajo tiene un metro de altura, 3000 onzas de peso de plata contrastada, y ha empleado en hacerlo diez y ocho meses, siendo su construcción á cincel, y el estilo del dibujo en la peana pertenece al del Renacimiento.

SECCION DE VARIEDADES.

Don Dudas.

Don Dudas era un señor que tenía la cabeza como una olla de grillas, á consecuencia de haber leído muchos libros malos y haber practicado pocas obras buenas; era un filósofo, que se reía de todo desde que había aprendido en no sé qué autor *positivista*, que la misión del hombre sobre la tierra sólo consistía en comer bien, beber mejor y dormir á pierna suelta, dejando á un lado preocupaciones y quimeras.

No hay que decir que, para don Dudas, eran quimeras todas las verdades cristianas que no convenían á su vida regalona.

Quimera, la existencia de un Dios omnipotente, creador y conservador del universo.

Quimera, la existencia de un alma inmortal llamada á destinos eternos.

Quimera, la sanción moral de las acciones humanas, con los premios y castigos de otra vida.

En fin, quimera, todo lo que no fuese comer como un lobo, dormir como un perro y charlar como una cotorra.

—Pero, Sr. don Dudas [díjeme yo un día paseando al pié de un cerrillo donde solía encontrarle algunas tardes:] esa filosofía que U. profesa es una filosofía *perruna*. ¿A quién le ocurre creer, que la mejor de todas las doctrinas es carecer de ella, y el mejor de todos los sistemas tenderse á la bartola, dejando rodar al acaso la bola de nuestro destino? No parece

sinó que el negocio de nuestra felicidad eterna sea negocio de poca monta.

—¡Felicidad eterna! [exclamó don Dudas soltando una carcajada.] ¿Quién piensa en tales niñerías?

—Pero, hombre, ¿está U. loco? ¿Acaso no cree U. que, tras esta vida de peregrinación, hay otra donde cada ser alcanza el fin para que fué criado? ¿Acaso duda U. que, según sea, buena ó mala, la conducta de los hombres, ha de tener su premio ó su castigo? ¿Es que U. no cree en el cielo ni en el infierno?

—¡Phs! Diré á U. (contestó el viejo sonriendo:) en el cielo, no tendría dificultad de creer, porque á nadie le amarga un dulce; pero, francamente, en el infierno, no.

—¿Por qué?

—Porque no lo he visto.

Entonces el escéptico filósofo, desenroscando la culebra de su necia filosofía, empezó á llenarme la cabeza de argumentos para demostrarme que la mayor de todas las locuras era dar crédito á lo que *no se ve*, y pasar mal la vida presente por huir los peligros de la venidera.

—Nada, amigo mío (exclamó con énfasis al terminar su perorata:) hay que ser *práctico* y dejarse de ilusiones y tonterías: la vida es corta, y conviene pasarla lo mejor posible, sin abandonar lo cierto por lo dudoso. Comamos, bebamos, que mañana moriremos.

—Y ¿quién ha dicho á U. que es dudoso lo que la religión enseña sobre los premios y los castigos eternos?

—Ta, ta, ta! ¿Quién ha visto los castigos eternos?

—Es que, sin verlos, han creído en ellos las generaciones de sesenta siglos.

—Creían lo que no veían.

—Pero lo creían porque alguien lo había revelado. Lo había revelado Dios, lo habían predicado los profetas, lo habían testificado los Santos, lo había dicho el mismo Jesucristo, y lo había confirmado la razón de la humanidad entera, convencida por su buen sentido de que era imposible dejarse de haber justicia en el cielo, ya que no la había en la tierra.

—¡Tonterías!

—Pero, Sr. don Dudas; ¿es posible que la virtud de los justos, la abnegación de los Santos y el sacrificio de los mártires sean precisamente la necedad y la tontería; y que la avaricia de los egoístas, la malicia de los malvados y el cinismo de los tunantes sean la sabiduría y la perfección? Porque no hay medio; si el infierno y el cielo no existen, el vicio es una virtud y la virtud un vicio. ¿Se ha fijado U. en la fuerza de este argumento?

—Nada, amigo mío: no entiendo de argumentos. Ni por esas ni por las otras, me convence á mí nadie de la existencia del infierno. *No creo lo que no veo.*

Tentado estuve de volver la espalda al testarudo viejo, cansado de su terquedad; pero en vez de hacerlo, solté la carcajada, dile un abrazo, y concebí en aquel instante el proyecto de darle una broma.

—Eche U. esos cinco, mi queridísimo don Dudas (exclamé.) Su entereza de U. me deja pasmado. Veo que es U. un estoico de piedra berroqueña el espíritu más fuerte que he conocido: Además ¿quién sabe si tendrá U. razón? ¿Quién sabe la serenidad y la calma que puede haber en tan flámante filosofía? U. no cree lo que no ve; pues bien: yo también quiero imitarle. Desde hoy, empiezo á ensayar el sistema *positivista*.

—¡Hombre! (exclamó don Dudas, lleno de admiración.) ¿Es posible? ¿Tendría yo la suerte de haber contribuido á?...

—Sí, señor, y tan posible. Pasemos á esta casita y tomaremos algo, mientras departimos amigablemente nuestra nueva doctrina.

* La casa á que yo invitaba á don Dudas era una finca de mi propiedad, próxima á una gran mina en explotación, de la que yo era el principal ineresado.

—Muchacho, (grité á un criado:) trae pasteles y unas cuantas botellas, que quiero obsequiar á este caballero.

Al mismo tiempo, le deslicé unas palabras al oído.

Momentos después, el criado nos ponía delante las botellas y los pasteles.

Inmediatamente avancé sobre las primeras, y llenando y vaciando copas, di comienzo al improvisado banquete, fingiendo la más bulliciosa de todas las alegrías.

—¡Muy bien, amigo don Dudas! (exclamaba yo con entusiasmo.) Ha empezado U. á abrirme magníficos horizontes. No me había yo fijado aún en lo que era el positivismo moderno. ¿Quién sabe toda la felicidad que podrá haber en esa fórmula de *no creer lo que no se ve*: en ese *pirronismo* (1) sublime y cómodo, lema quizá de la verdadera dicha humana. Mas, por Baco, que he de probarlo; pues ni U. mismo ha de aventajarme desde hoy á ser práctico positivista. ¡Atrás para siempre todos los fantasmas! ¡Atrás todas las quimeras! ¡Atrás todas las preocupaciones que se opongan á la felicidad! Desde hoy, lo que mis ojos no vean, no llegará á creerlo mi corazón. Brindemos, pues, por la gran doctrina, y postrados ante el altar de la despreocupación, juremos desechar toda verdad que no comprueben nuestros sentidos. ¡Viva el escepticismo! Comamos, bebamos, que mañana moriremos.

Don Dudas estaba admirado y con la boca abierta: comenzó á sospechar que yo estaba chispo.

Esto dió nuevo aliciente á la improvisada merendola, y desde aquel momento la juerga fué completa y las copas menudearon de lo lindo.

Mas de repente, he aquí que mi criado se presenta en la puerta de la habitación, pálido como la muerte, y con los ojos abiertos y espantados.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?—preguntamos los dos á la vez.

—Una cosa gravísima. Los trabajadores de la mina *Carmen*, á consecuencia de aquella cuestión del otro día, tratan de vengarse de U.; han hecho un socavón en dirección de esta casa, y lo han cargado de dinamita para dispararlo mientras nos hallamos dentro. Huyamos inmediatamente!

—¡Cáscaras!—exclamó don Dudas, dando un tremendo salto y dirigiéndose hácia la puerta.

Pero antes que el viejo llegase, la había yo cerrado ya, y me volvía tranquilamente á la mesa á destapar otra botella.

—¿Qué hace U.?—exclamó el pobre hombre aturrido, sin comprender la razón de aquella calma.

—¿No lo vé U.? Seguir bebiendo. ¿Quién se ocupa de peligros imaginarios? Ni U. ha visto la mina, ni yo tampoco. Siéntese U., y merendemos.

—¡¡Abra U. la puerta!!—gritó Don Dudas, arrojándose á ella como un energúmeno.

—Pero, chico (dije yo al criado.) ¿Tú has visto la mina?

—No, señor.

—¿No oye U.? Dice que no la ha visto. Siéntese U., y empiece este pastelillo.

—¡O la abre U. ahora mismo, ó la tiro á patadas! (exclamaba el viejo, agitándose como un loco.) ¡U. está embriagado! ¡U. está borracho! ¡Abra U. inmediatamente!

—Pero, Sr. don Dudas (exclamaba yo, con espantosa calma.) Hace un momento era U. todo un positivista, ¿qué se ha hecho de su encantadora filoso-

[1] Pirronismo, sistema filosófico que consiste en dudar de todo.

fia? ¿Qué se ha hecho de aquella *duda sistemática*, de aquel *pirronismo estoico*, de aquella sublime indiferencia?

—¡Abra V., borracho del demonio!—gritaba el viejo.

—U. no es filósofo: . . . U. es un fanático.

—Abra V. la puerta.

—De ningún modo. He jurado no creer lo que no veo, y lo cumpliré. Jesucristo, los profetas, los santos, los sabios de todos los tiempos, las generaciones de todos los siglos, no pueden convencerme con su fé, con sus razones y con sus milagros, de que existe para mí un peligro eterno, y quiere U. que por el *se dice* de un pobre criado huya despavorido de un peligro temporal?

Al oír aquellas palabras, don Dudas levantó la cabeza, lo comprendió todo, y cayó desfallecido en una silla, limpiándose el sudor.

La broma había sido terrible.

—Amigo mío (exclamé, echándole el brazo por el cuello.) ¿Se ha convencido U. por experiencia de lo que es el positivismo? Hace un momento se burlaba U. á mandíbulas batientes del testimonio de la humanidad entera, que, con pequeñas excepciones, ha afirmado siempre de común acuerdo la existencia del mayor de todos los peligros; y un instante después, ante la simple afirmación de un pobre criado, se levanta U. despavorido para huir de un peligro imaginario. ¿Puede darse mayor insensatez? Pues tal fué siempre la lógica de la impiedad. La impiedad lo cree todo, menos lo que no debe creer: lo duda todo, menos lo que no debe dudar. La razón, la historia, el sentido común le predicán verdades, las niega; la pasión, la ignorancia y la malicia le cuentan fábulas, y las cree.

—¿En qué consiste tal misterio de locura?

¡Ay, amigo mío! En que Dios acaba por dejar verdaderamente ciegos á los que voluntariamente cierran los ojos para no ver.

Después del *filosófico* bromazo, don Dudas no volvió á marearme más la cabeza con su *filosófica* algarabía.

Episodio conmovedor.

En el *Freeman's Journal* de Nueva York hállase la relación de un episodio conmovedor que tuvo lugar en Albuquerque, Nuevo México, y que fué presenciado por nuestro apreciable amigo el Hon. A. L. Morrison, quien lo describe en los siguientes términos, vertidos literalmente al castellano:

“Un joven indio de uno de los pueblos, había matado á un individuo de su tribu, por cuyo motivo ya se le estaba juzgando.

La madre del muerto fué llamada para atestiguar de parte del Gobierno.

Al ocupar su asiento en medio de los testigos, difícil sería imaginarse una visión mas espantosa y sepulcral de la que se presentó á los circunstantes. Su talla debía ser de unos seis piés; pero su avanzada edad había encorvado sus anchas espaldas; y sus desnudos, largos y descarnados brazos, á la par que lo calloso de sus manos, manifestando que había pasado largos años en los mas duros trabajos. Su cara era salvaje y cadavérica, y sus canas, muy escasas, caían desarregladas sobre su frente, casi ocultando las centelleantes miradas que de vez en cuando lanzaban sus ojos negros y hundidos.

La sala estaba llena de la acostumbrada concurrencia de espectadores, mientras un abigarado gru-

po de indios, ostentando en sus vestidos las mas extrañas modas, aguardaban con mucha indiferencia cerca de la puerta.

“El intérprete don José de Sena, dió el testimonio al inglés para la Corte y el Jurado. Al exigírsele el juramento, cuyo valor é importancia entendió muy bien, la anciana se rehusó á atestiguar, á pesar de las repetidas instancias que se le hicieron.

Se la preguntó por qué no quería dar su testimonio, y ella respondió que el Padre le había enseñado á perdonar á sus enemigos; que ella perdonaba al culpable, y no podía jurar en contra de él.

Se la aseguró que esto no era una violación de sus obligaciones de Cristiana; y como el juez le mandase que atestiguara, ella obedeció, pero dando pruebas inequívocas de su disgusto.

Al concluir, se levantó, y colocando sus largas y demacradas manos sobre su cabeza, exclamó con voz entrecortada por la emoción:

—“Juan, tú mataste á mi hijo: pero Dios manda que te perdone, y yo obedezco á su voluntad.”

Al bajar del entarimado un silencio sepulcral reinaba en la sala, y yo no pude menos de pensar que, el buen Sacerdote que vivía entre sus fieles indios, tenía una prueba de lo fructuosas que habían sido sus enseñanzas en el corazón de esta pobre y desamparada madre.”

Del “Boletín Religioso”

La verdad y las mentiras.

Cuando por todo consuelo,
Un sacerdote, al nacer,
Nos dice en nombre del cielo:
—Polvo es, y polvo ha de ser,—

Dicen en coro armonioso,
El pecho de gozo lleno,
La nodriza:—Será hermoso;
Y la madre:—¡Será bueno!

Y luego, allá en lontananza,
Gritan en acorde son:
—¡Será feliz! la Esperanza;
—Y será Rey! la Ambición.

Y yendo el tiempo y viniendo,
Aquí, lo mismo que allá,
La Religión va diciendo:
—¡Polvo es, y polvo será!

Con vanidad y codicia,
Dice sin reír jamás:
—¡Será un Creso! la Avaricia;
Y el orgullo:—¡Será más!

Y exclaman con fiero acento
De todo saber en pos:
—¡Será Homero! el Sentimiento;
Y la Razón:—¡Será Dios!

Y en tanto la Religión,
Al morir como al nacer,
Repite;—No hay remisión:
¡Polvo es, y polvo ha de ser!

R. DE CAMPOAMOR.